

INVITACIÓN A UN TRABAJO SOCIAL REFLEXIVO

Teresa Zamanillo

Catedrática Emérita de Trabajo Social, UCM

Palabras clave: identidad, individualismo, vida en común

Introducción

No he podido menos de preguntarme al comenzar a escribir esta ponencia lo siguiente: ¿es menester indagar acerca del sentido del trabajo social después de cumplir más de un siglo de profesión en la división social del trabajo? Este comienzo puede hacer pensar a algunas personas de la sala que es una ironía. Pero acerquémonos al concepto de sentido para comprender mi sorpresa. Sentido, según Ferrater Mora, puede usarse como significado, como “tendencia o dirección que sigue una cosa o un proceso”. Y, añade: “Toda realidad tiene un sentido por mínimo que sea. El mínimo nivel de sentido para una realidad dada es el poder ser objeto de descripción, explicación, etcétera”. Para la RAE su significado es razón de ser, finalidad.

¿No es el trabajo social una realidad presente objeto de descripción y explicación en, prácticamente, todas las sociedades? ¿No es un proceso ininterrumpido desde primeros del Siglo XX en el que se institucionaliza la profesión? ¿No sigue una dirección que se revisa cada cierto tiempo dado su carácter dinámico de adecuación a los cambios que se producen en las sociedades? ¿No tiene una razón de ser o una finalidad en la sociedad en la que vivimos? Para abundar en

esta cuestión traeré brevemente un recuerdo sobre Cuba. En 1971 viví allí tres meses. Había terminado la carrera poco antes y deseaba ardientemente trabajar en ella en un país que admiraba. No había trabajo social, me respondieron, porque era una profesión propia de una sociedad capitalista, la revolución solucionaba todo. Al cabo de algún tiempo tuvieron que implantar la carrera y hoy todas y todos sabemos que hay trabajadores sociales, se hacen congresos, encuentros, etcétera.

Dicho esto, tratemos una vez más de responder al sentido del trabajo social, siempre con la conciencia de que no encontraremos uno solo. En efecto, habrá muchas interpretaciones, casi todas conocidas, puesto que mucho se ha hablado y se han llenado múltiples páginas sobre esta cuestión. Sin embargo, quizás en este Congreso tiene sentido hablar del sentido, toda vez que nos encontramos ante profundos cambios en la sociedad. Por ello, a pesar de este comienzo provocador, en esta ponencia voy a tratar de seguir las indicaciones que el Comité Científico nos ha dado a los comunicadores: “provocar y contribuir a la reflexión y al debate sobre el sentido del trabajo social”. Hablar también sobre los motivos y la ética que lo orientan. En fin, volver de nuevo a la identidad del trabajo social para “reflexionar en torno a cómo definimos los trabajadores sociales la profesión”. Y terminar destacando la importancia que tiene para la construcción de la identidad la supervisión y la sistematización de la práctica. A lo largo de esta ponencia, pues, vamos a ir analizando todas estas cuestiones.

Para qué y por qué los trabajadores sociales

Para responder a la pregunta sobre el sentido es preciso contestar al qué, cómo, cuándo, dónde, porqué, para qué, etcétera. De todas estas cuestiones seleccionemos dos para aproximarnos a lo que queremos saber y centrar el problema. Elegiremos el por qué y para qué nació el trabajo social. Su sentido

hemos de buscarlo en la razón de ser por la que se hizo imprescindible en la sociedad. ¿Cuál fue, pues, el principal de los determinantes que hizo crear los llamados en Inglaterra “técnicos de la reforma” a finales del Siglo XIX? Una pobreza creciente generadora de desigualdades que amenazaba el orden social. Así, mediante la administración de la dependencia, la función de control social que tiene nuestra profesión desde el comienzo, nos guste o no, se podía ejercer de una forma dulce por mujeres de la burguesía; era la otra cara de la moneda de la represión de la Inglaterra de Dickens.

La necesidad de frenar la expansión del socialismo dio lugar al pacto por el Bienestar, de forma que el aumento de los regímenes políticos socialdemócratas fue un éxito. El trabajo social ejerció desde primeros de siglo en todos los países la función de reforma del orden social. Poco a poco se fueron profesionalizando los técnicos de la reforma. Las funciones señaladas proporcionaron los primeros rasgos de identidad a la profesión, como puede observarse en múltiples documentos, entre otros, el estudio que se hizo en la Escuela de Trabajo Social de la UCM sobre las tesinas, dirigido por la Profesora Carmen Santos. Para sostener esta argumentación una de las múltiples citas que puede traerse a estas páginas es la siguiente:

EL ASISTENTE SOCIAL EN GENERAL: “Allana o previene las dificultades de orden social y personal, en casos particulares o para grupos de individuos, prestando o ayudando a prestar servicios de consulta, organizando medios de recreo y de esparcimiento y otros servicios sociales, y procurando asistencia financiera y médica; determina el origen y naturaleza de los problemas, examinando mediante entrevistas, o por otro método, la idiosincrasia y ambiente de la persona o grupo, ayuda a los individuos a comprender más claramente su situación y a encontrar solución a sus problemas; alienta y estimula el buen desarrollo del espíritu social y los reajustes personales; determina los derechos del individuo y la asistencia financiera, médica o de otra clase y gestiona su concesión; envía a los

individuos a los centros de que dispone la comunidad, como hospitales, clínicas, iglesias, lugares de recreo, escuelas especiales; coloca a los niños en instituciones u hogares de adopción; observa la evolución de los casos después de resueltos los problemas inmediatos, organiza y dirige actividades colectivas de recreo o distracción, como juegos, deportes, bailes, pasatiempos, de artesanía y representaciones teatrales; lleva registros y redacta informes periódicos.

El cometido de los asistentes sociales (masculinos y femeninos) es amplísimo. Se trata de una ocupación relativamente moderna y surge en occidente cuando se va comprendiendo la importancia de las relaciones humanas en la vida en general y en el seno de la empresa” (OIT, Ginebra 1958).

Lo que da sentido e identidad a una profesión no son las tareas que se realizan, sino la función que cumple esa profesión en la división social del trabajo. Esta primera función de control social, la de allanar o prevenir las dificultades de orden social, fue la que cuestionaron los reflexivos autores de la reconceptualización en Latinoamérica. De ahí que los cimientos de esta identidad fueron desmoronándose poco a poco en muchos países hacia finales de los sesenta. Hubo un cambio de ideología que revolucionó la función del trabajo social, la de adaptar al individuo a su medio. Los ecos de las voces de Latinoamérica sacudieron la construcción tradicional del método y del sentido del trabajo social. Mas los vientos no sólo llegaron a los países de habla hispana, entre ellos el nuestro, del que somos deudores de sus reflexiones, sino que también soplaron en otros países que se habían instalado en una concepción funcional de la profesión, como Norteamérica. Allí azuzaron a cuantos se sentían sensibles a una nueva forma de concebir un trabajo social más comprometido y emancipador; allí se instaló también un nuevo modo de concebir a unos profesionales que no sólo debían ayudar a que las personas se adecuaran al sistema sin nada que objetar, sino que era necesario contribuir conjuntamente -profesional y cliente- a reflexionar críticamente sobre sus situaciones sociales. El gran maestro de la pedagogía, Paolo Freire, inspiró un

trabajo social crítico y reflexivo que debía contemplar las situaciones socioeconómicas de desigualdad y de injusticia que vivían los sujetos y grupos latinoamericanos.

Y es que en aquel tiempo el poder de la ideas creó un importante movimiento, también en España, que nos hizo creer que entre todas y todos podíamos hacer virar las circunstancias sociales que impedían el desarrollo de una sociedad anclada en el pasado. Fue el rumor *del oleaje* que vino de más allá del Atlántico el que nos arrastró a implicarnos como profesionales comprometidos con lo que creíamos que llegaríamos a conseguir, el cambio estructural. Sí, nos embarcamos, nos hicimos a la mar y vivimos apasionadamente con la convicción que algo fundamental iba a cambiar nuestras vidas. De “técnicos de la reforma”, muchas y muchos pasamos a “agentes de cambio” o “profesionales de la emancipación”, o también llamados “técnicos del progreso” en Francia. La ideología crítica fue entrando en nuestro universo de la mano de Freire, añadida con ideas y conceptos tomados del marxismo, el cristianismo de base, el psicoanálisis, y, más tarde, Foucault, la sistémica, el feminismo, etcétera. De esas semillas geminaron los maestros y las escuelas que seleccionamos para trabajar con más profundidad y ejercer la función de integración social que, por los años noventa, incorporamos a nuestra identidad, cuando el concepto de exclusión se formalizó con los análisis de Robert Castel.

Fue así como en los años sesenta y setenta, los trabajadores sociales españoles se cuestionan sus funciones de defensa del orden social y su labor de adaptar *individuo a individuo* (M. Richmond 1922) a una sociedad represiva e injusta, en tanto que los derechos de las personas no estaban garantizados en igualdad y equidad. Se produce una profunda crisis con la apertura a otros mundos; se cambia el nombre de asistentes sociales a trabajadores sociales; la profesión se interroga a sí misma, como siempre ha hecho, siendo ésta una de sus grandes fortalezas, a la par que una gran debilidad porque cuestionarse con frecuencia

produce el virus de la duda sobre uno mismo, síndrome que nos sitúa en una gran incertidumbre.

Así pues, la crisis atraviesa su andamiaje por los cuatro costados; el reconocimiento de la escasez de sus contenidos, la necesidad de entrar a formar parte de la planificación de la política social y la lucha por la adquisición de un título superior son los pilares que sostienen las reivindicaciones. Es de destacar que esta crisis hace que nos interroguemos sobre los aspectos de contenido y relacionales. Nos referimos a que la necesidad de un título superior hace referencia, no sólo al aumento de los contenidos para obtener mayor rigor en la intervención social, sino también a la elevación de un status que posibilite a los trabajadores sociales relacionarse simétricamente con otros profesionales de la acción social.

¿Existen diferencias en las circunstancias sociales entre el momento en que surgió y las de hoy? Son demasiadas por un lado, como para hacer un inventario de las mismas. Pero hay algo que no ha cambiado o, si es que lo ha hecho, va desarrollándose progresivamente como un cáncer que se extiende sin posibilidad de terapia alguna: es fácil reconocer que las desigualdades sociales que dieron razón a la creación de los trabajadores sociales no sólo no han disminuido sino que han aumentado. Hoy se puede decir que la continuidad y aumento de la pobreza, la desigualdad y la injusticia social en el mundo es un fracaso ético de todos los regímenes políticos. Por lo tanto, no era posible que con nuestra intervención contribuyéramos a un cambio estructural porque una profesión se encuentra en el sistema de la división social del trabajo y eso siempre es funcional para la sociedad; era una utopía, pero como tantas otras teníamos que creerla. Quizás hoy la falta de utopías suponga una profunda carencia para trabajar con pasión.

Pero lo cierto es que es real que existimos; que podemos describirnos y explicarnos como profesionales necesarios en una sociedad desigual, llena de miseria y de dolor; que no podemos menos que felicitarnos por existir y dar un sentido a nuestra función social, a nuestra labor cotidiana, y a nuestra creación de los equipos de bienestar social, así como de nuestra integración en los mismos como directoras/es de servicios sociales o parte de los mismos. Que, aunque no tengamos datos para corroborarlo en este momento, en el mercado de trabajo se siguen demandando trabajadores sociales. Y que, recordemos nuestra historia reciente: fue encomiable el trabajo que se hizo en la década de los ochenta dirigido por Patrocinio de Las Heras y muchas personas que la acompañaron. Es fundamental reconocernos en los esfuerzos que hemos hecho constantemente en la planificación de la política social en esos años: contribución a la creación del Sistema de Servicios Sociales, puesta en marcha del Plan Concertado, de las rentas mínimas y de las ayudas del sistema de servicios sociales. Por supuesto, en la lucha por nuestra elevación del nivel de los estudios y, últimamente, en la conquista del Grado y de los postgrados se refleja la capacidad de superación constante que tenemos. Y... ¿cuánto más? Es mucha la literatura que ha proliferado en nuestro campo en los últimos años; es mucho el esfuerzo por formarse en casos y familia, más allá de la formación que se imparte en la Diplomatura.

Sin embargo, lo que parece ser también cierto es que el problema de la identidad de los trabajadores sociales, es decir, su malestar, también está ahí corroyendo. Y no sólo en España. Son muchas/os los trabajadores sociales que se sienten quemados por su utilización de *vale para todo*. Pero mi ambición no es resolverlo, porque pienso que poder llegar a desentrañar qué pasa en nuestro inconsciente para arrojar tanta inseguridad es una labor omnipotente que, creo, sólo la puede hacer cada una/o a partir de su propio deseo de aumentar su conocimiento para sentirse más segura/o. Por supuesto, la invitación a hacerlo solo es el paso previo para asumir la responsabilidad de cada uno y, a la par, unirse a otras/os teniendo

en cuenta que en una sociedad altamente individualizada podemos trabajar “individualmente pero juntos”, como dice Bauman, para enfrentarse a los problemas que son comunes a muchas/os. Es, al mismo tiempo, una empresa individual y colectiva.

Sobre la identidad de los trabajadores sociales

Una vez señalados en el anterior epígrafe, a modo de rápido inventario, algunos de los pasos que hemos seguido y los logros que hemos alcanzado, se ha de señalar también algo muy destacado en el camino recorrido. Los congresos de la profesión, que se inician en 1968 en Barcelona están marcados, en líneas generales, por una preocupación constante por definir la profesión y por dar cuenta de los campos en los que se actúa. Se supone que con la descripción de cada campo y las actividades y tareas que se deben hacer, los objetivos, etcétera, se va a proporcionar seguridad a cada asistente social para que no haga cualquier cosa. Es algo así como dejar pistas y huellas, para señalar por dónde han de ir los que van a seguir andando. Esa es la construcción de la identidad en los primeros momentos de la profesión, una identidad basada en el hacer más que en el ser.

Más, desde la perspectiva de mis estudios y reflexiones sobre el recorrido de la profesión en España, hay un hito que constituye un punto de referencia en la biografía del trabajo social en nuestro país y que marca una diferencia importante. Se pasa de hablar por campos y por tareas, como decíamos, a tratar de globalizar la materia de trabajo social en una concepción que le dé identidad por medio de la definición de su objeto. Aún cuando en 1979, en el libro de Patrocinio de las Heras y Elvira Cortajarena, *Introducción al Bienestar social*, ya se mencionaba el objeto del trabajo social, es en el Congreso de Oviedo en 1988 cuando Amaya Ituarte reflexiona más a fondo en esta importante cuestión. A mi juicio, profundizar en el objeto de la disciplina, que más tarde se hizo en el Congreso de Barcelona en 1992, y se ha seguido elaborando en diversos artículos y memorias de oposición, forma parte del inmenso esfuerzo que hemos hecho en las escuelas para diluir las

fronteras entre la disciplina y la profesión. Comienza el esfuerzo de pasar de lo concreto a lo abstracto.

Pero puesto que uno de los conceptos fundamentales de esta demanda es el de identidad, procederé, en primer lugar, a definir éste para introducirnos en su significado, ya que va a conformar la viga maestra de esta comunicación. Seguiremos, pues, como línea argumental, las huellas de los problemas de identidad que, desde el Congreso de Barcelona señalado, han quedado marcadas en el imaginario de los trabajadores sociales hasta hoy, momento en que, de nuevo, aparece la inquietud.

Las preguntas se imponen antes de quedar presos en las certezas ¿Qué es la identidad? ¿Existe algo esencial en el ser o en las cosas de la vida que nos defina como algo identificable, singular, uno, un alma cuya presencia se percibe? ¿Es posible esto? ¿Por qué entonces hablamos de las crisis de identidad que se dan con frecuencia en nuestras vidas ante los cambios que suceden a nuestro alrededor o los provocados por nosotros en la propia evolución de nuestra biografía? ¿Existen motivos y fines en la vida de alguien o, en este caso, en la de una institución, como es el trabajo social, que puedan definirse a perpetuidad?

Bien es cierto que uno de los metaconceptos para el análisis de las organizaciones propuesto por Etkin y Schvarstein es el de identidad, junto con el de estructura y autonomía. La identidad se define como aquel núcleo central que permite distinguir a la institución como singular y diferente de las demás; todo aquello que si desaparece afecta decisivamente a la organización (1989: 158-164). Aquí hemos de preguntarnos inmediatamente ¿no es el trabajo social diferente de otras profesiones de lo social? ¿Debería haber una lista de los rasgos esenciales que nos definen para que muchos se queden con el mínimo sosiego que necesitan? En el libro que hicimos Lourdes Gaitán y yo, cuyo título es ya de

por sí expresivo, *Para comprender el trabajo social*, tratamos de hacerlo. También se ha hecho para elaborar los estudios del nuevo grado.

Pero a pesar de tanto esfuerzo hay un dato que marca una obsesión preocupante, es el de la cantidad de definiciones que se han elaborado del trabajo social desde que existe. Estaría bien preguntarse: ¿por qué, para qué y para quién los trabajadores sociales hemos elaborado constantemente definiciones de nuestra profesión? Una buena muestra de ello es, por ejemplo, el libro del Profesor Moix. Son tantas las definiciones en las que se entretiene en escribir, que un profano en la materia quedaría escandalizado de tanto esfuerzo. Se podría decir que no hay memorias de oposición de titulares de escuela en España, elaboradas por personas que no se hayan sentido obligadas a seguir este esfuerzo. Esfuerzo que, a mi parecer, ya es estéril y dice poco acerca de nosotros.

Los problemas de identidad no son una cuestión sólo de nosotras/os, los del trabajo social. Hoy muchas profesiones tienen crisis de identidad. Llevamos años conociendo los problemas a los que se enfrentan distintas profesiones en los equipos, y muchas veces en forma de colisión y rivalidad por los desacuerdos en los espacios comunes. Y es que nadie tiene la única razón, ni la única verdad. Y, además, lo mismo que sería preocupante que los individuos no pasáramos ninguna crisis en la vida, también nos debería poner en alerta que nuestra profesión no tuviera crisis. Todo cambia, nada permanece, la ética, la identidad, las formas de hacer profesión, las maneras de intervenir, las instituciones, etcétera. Y todo tiene muchos sentidos, muchas interpretaciones. Pero se necesita un esfuerzo constante de estudio acompañado de reflexión para adaptarse al cambio y salir de la rutina.

Todo eso es así siempre para todo ser humano. Pero es que..., además, hoy estamos en una época, llamada postmodernidad, en la que la construcción de la identidad es para todas/os las/os ciudadanas/os un trabajo constante, duro y

costoso, que supone mucha reflexión y crítica social. Porque implica, en primer lugar, algo de lo que no podemos huir: aceptarnos como sujetos en un mundo individualizado. Pero, a la vez, no podemos resignarnos ni adaptarnos pasivamente a este mundo, en la medida en que se nos exige hacernos responsables de los grandes fracasos del sistema. Se nos pide subliminalmente que nos hagamos pequeños empresarios de nuestras vidas, de nuestros éxitos y de nuestros fracasos, de la miseria económica y cultural en la que vivimos (Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005: 8). De esta forma, el trabajo personal supone abandonar las certezas y adentrarnos en los laberintos del nuevo mundo, profundizar en la complejidad de la realidad social, cuestionarnos, reflexionar, etcétera. Y hacerlo todo sin rendirnos nunca. Todo este inmenso trabajo implica asumir el poder sobre uno mismo y con los otros y reconstruirse constantemente.

Y en este punto del camino recorrido con Ustedes me voy a lanzar a la mar sin salvavidas. Esta es mi hipótesis: cuando alguien o algo necesita definirse a sí mismo, entender su sentido; necesita comprender su significado en este mundo y ser objeto de descripción y de explicación cada cuatro años, es que algo anda mal en su interior. Porque definir es “Explicar lo que es una cosa con una frase que equivale exactamente en significado a la palabra que designa la cosa” (María Moliner, 2008). Es decir, el dentista, por ejemplo. Pero es que eso es imposible para el trabajo social. Y, en ese empeño, lo que estamos haciendo es encorsetarnos, justo lo contrario a darnos alas para volar, crear, inventar, innovar, enriquecernos, etcétera.

Si nos fiamos de los filósofos sociales, haremos una breve cita con Giddens para aclarar estas cuestiones. Para Anthony Giddens “El yo no es una entidad pasiva determinada por influjos externos: al forjar sus identidades propias, y sin que importe el carácter local de sus circunstancias específicas de acción, los individuos intervienen en las influencias sociales, cuyas consecuencias e implicaciones son de carácter universal y las fomentan de manera directa”. (1994:

10). Esto supone reflexionar sobre las instituciones con el fin de construir la realidad social en la que intervenimos. Precisamente, esa necesidad de construir la realidad fue la que nos impulsó a la revisión de la identidad a finales de la España franquista, a medida que la sociedad civil fue madurando. Esta necesidad, pues, vino de la mano de un profundo cambio que estaba sufriendo la sociedad española a la que la profesión de trabajo social no podía volver la espalda. Y es que la identidad no puede ser nunca una cuestión cerrada.

Cada época, pues, nos exige a toda/os, como profesionales de la sociedad y como ciudadanos, ajustar nuestro yo reflexivo con nuestro yo ejecutivo. Esto implica tratar de lograr la máxima coherencia entre nuestra conducta y nuestros principios filosóficos, teóricos, ideológicos... Porque, como cita López Aranguren: “Ser hombre es, según la feliz expresión de Ortega, ‘la asistencia a la propia existencia’ (y) Esta asistencia es, prácticamente continua, de ahí que el yo reflexivo vaya siempre entretejido con el yo ejecutivo” (1988: 18). Esta es una propuesta ética para la construcción de la identidad personal, pero es que las fronteras entre la identidad personal y la profesional son muy difusas y más, en estas profesiones.

Con la expresión de yo reflexivo y yo ejecutivo queremos también retomar el problema de la profunda disociación que sigue existiendo en trabajo social entre la teoría y la práctica de forma que, para la mayor parte de la comunidad de trabajo social, ya nos dividimos entre los dedicados a la disciplina y los dedicados a la profesión. No hay idea preconcebida seguramente más arcaica que ésta: dividir un campo profesional entre disciplina y profesión. El profesional trabaja en los problemas, en lo concreto, pero no puede desdeñar lo abstracto pues, si así lo hace, no podrá comprender los problemas a los que se enfrenta. No podrá analizar el campo de la mano del conocimiento y de las hipótesis acumuladas desde los dos últimos siglos en las ciencias sociales. Quedarse en lo concreto es no poder simbolizar, problema cognitivo importante. El profesional ha de conseguir, estudiando más, dialogar entre lo macro y lo micro, entre lo inductivo y

lo deductivo, entre lo concreto y lo abstracto. Ha de tener marcos, mapas o referencias teóricas que guíen su acción y sus decisiones. De lo contrario camina ciego y sin báculo.

Esta afirmación tan rotunda está pidiendo a gritos ser refutada, pero para refutar hay que argumentar, explicar, analizar. Yo me arriesgo aquí a ser refutada porque creo, con toda mi pasión reflexiva que todo esto está haciendo daño a la identidad de la profesión. No existen los teóricos y los profesionales; no existe disciplina y profesión, sigo aseverando. Son bastantes ya, aunque no suficientes, los profesionales que analizan, y no sólo describen su práctica, la escriben y dan cuenta de ella a la comunidad de trabajo social. Somos bastantes los docentes de trabajo social que compaginamos la docencia con la práctica o con la investigación. ¿Cuál es la diferencia entre unos y otros? ¿Es que alguien ha oído alguna vez hablar entre los médicos, u otros profesionales, del profesional de la medicina y de la disciplina de la medicina? Todos son médicos o doctores. Si se aplica el término de profesionales a aquellos que practican la profesión, no teniendo otra referencia más que la práctica misma, ya no sirve este modo de hacer profesión.

Una disciplina es siempre el cuerpo de conocimiento que se necesita para ejercer una profesión. No se conoce en ningún campo profesional (medicina, derecho, ingenierías varias, biología, etcétera) quien ejercite su profesión sin estudiar, sin aplicar hipótesis que, como es de rigor, proceden de la acumulación de las teorías que han adquirido carta de legitimidad en las ciencias. Ignorar el enorme conocimiento sobre la familia, sirva sólo de ejemplo, que se ha acumulado en los últimos treinta años en España, concretamente para el trabajo social, es una falta de ética profesional. Y, es necesario, además, tener en cuenta, que adquirir conocimiento es reflexionar, y eso supone dialogar, sobre lo que se aprehende. Por eso, los vacíos de conocimiento que queden pendientes al final de la carrera, ineludiblemente los tendrá que llenar cada una/ porque en la vida no alcanzamos

nadie jamás la plenitud. Es así como hemos de convencernos que sólo la falta, las lagunas, los vacíos, nos pueden ayudar a estimularnos y fortalecernos para recorrer el camino que hemos decidido andar.

Y, sobre todo, hemos de aceptar que la construcción de la identidad del sujeto es un proceso de autoconocimiento que implica una profunda reflexión sobre uno mismo y el entorno en el que vive para adecuarse a su dinámica y a sus flujos. Se construye, por supuesto, en la intersubjetividad, en el concierto con otros sujetos. “¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? ¿Qué ser?” son las preguntas de Giddens para la trayectoria del yo. Se trata de desarrollar un sentido coherente de la historia, en este caso de la historia profesional, para abrirse al futuro estableciendo líneas de posible evolución. Para ello se precisa una conciencia de autocuestionamiento sobre la manera en que el individuo actúa en su medio y en su tiempo para evitar caer en una actitud impotente y desesperanzada; se necesita mucha decisión y, por tanto, poder sobre uno mismo; se necesita hacer un ejercicio correctivo y emocional de la experiencia para hacerse con las riendas de la propia vida y anticiparse al futuro. Pero hacerse con las riendas de la propia vida implica riesgo pues significa encarar una multiplicidad de posibilidades abiertas, dice Giddens. Creer en que se logra seguridad aceptando pautas establecidas a priori, puede ser una traba para el propio despliegue de uno mismo y para las relaciones interpersonales (1995: 97). Esta ardua tarea de construir nuestra biografía profesional exige una gran fortaleza para vivir con la incertidumbre.

Hacerse con las riendas de la propia vida y soportar la incertidumbre es una tarea para la que estamos poco preparados, la de. Por eso necesitamos poner todas nuestras energías en ello; y si reconocemos que nosotras/os estamos poco preparadas/os, mucho menos lo están las personas que sufren la exclusión y que, hoy, en esta crisis, necesitan más protección que nunca. “Para no fracasar, dicen los Beck, los individuos deben ser capaces de planificar a largo plazo, de adaptarse al cambio, de organizarse, improvisar, fijarse metas, reconocer los

obstáculos, aceptar las derrotas e intentar nuevas salidas. Necesitan iniciativa, tenacidad, flexibilidad y paciencia ante los fracasos” (2003: 42).

Además, para sobrevivir en este proceso se exige de los individuos una activa participación, añaden los autores. Las personas que atendemos necesitan, como vemos, todo lo que no tienen. Por esa misma razón, pero sobre todo por nosotros mismos, necesitamos desarrollar una gran fortaleza de nuestro yo. Por eso, si reconocemos la dureza de este camino, si todas estas propuestas para sobrevivir en la sociedad postmoderna son muy difíciles para nosotras y nosotros, los privilegiados de esta sociedad, innecesario sería repetir que para las personas con las que trabajamos es sumamente costoso y hasta cruel intentarlo sin más.

Todas estas reflexiones plantean nuevas formas de intervención, nuevos saberes. Sólo un ejemplo: ¿cómo combinar la protección que necesitan los sujetos con el fortalecimiento del poder que también necesitan las personas? ¿Cómo aceptar la dependencia de las instituciones, sin rechazarla, y, a la vez ayudarles a adquirir seguridad en sí mismos para que aumenten su poder sobre su entorno y puedan tomar decisiones? Dicho al revés: ¿cómo hacer todo eso, prestándoles la protección que necesitan, sin que se hagan dependientes? Algunos trabajadores sociales que están continuamente en el campo nos han trasladado sus experiencias de hoy en estas lides, leámoslas. Sólo dos ejemplos para no extenderme más: Pedro Arambarri y Esperanza Molleda. Ellos dan cuenta de sus esfuerzos por conjugar teoría, técnica y ética. Hay bibliografía sistémica feminista, tanto en trabajo social como en la clínica de la que se puede aprender mucho adaptándola a nuestro campo.

Bastantes de las hipótesis planteadas en este trabajo sobre la identidad podrían estudiarse más a fondo. Y tal vez sea necesario para cancelar este tema. Eso nos permitiría transitar a otra edad más madura que nos exigiría formarnos más profundamente; hacer investigaciones evaluativas de los resultados que se

obtienen con nuestras intervenciones; daríamos cuenta a políticos y otros profesionales sobre para qué sirve nuestra intervención; y obtendríamos una autoimagen de nosotras/os mismas/os alejada de la queja y del narcisismo que subyace en toda esta situación marcada por una gran carga de emocionalidad.

Y, por último, en este epígrafe invito a reflexionar sobre la relación entre identidad e ideología. La ideología es un concepto desterrado de nuestro vocabulario desde hace décadas. Tantas como el desencanto de la democracia en España, por un lado. Y, por otro, el tiempo en el que hemos ido sustituyendo sin crítica alguna el concepto de capitalismo o explotación por los de globalización, externalización, flexibilidad y mil eufemismos más que nos alejan de la realidad. Son los conceptos que nos sirven para no mirar los daños que sufren las personas en estado de pobreza, desigualdad, y ahora hambre o miseria. La perceptible desideologización de la sociedad y de la política española, dice Alejandro Nieto, es “el resultado de un proceso de enfriamiento o desinterés irremediable: a la gente cada vez le importa menos la política y su solidaridad social decae en un horizonte cultural dominado por el hedonismo y el consumismo en un contexto ético escasamente sensible” (2008: 39).

Con todo lo expuesto, no queda más que añadir que la ideología forma los cimientos de la ética y sin ambos ingredientes no es posible construir una identidad sólida. La ideología es nuestro primer acercamiento a la realidad, nos muestra lo sensible, ayudados de la intuición y de los sentimientos que nos provocan esas duras realidades. Con la ideología damos los primeros pasos para elegir las teorías, el método, las técnicas y la ética que nos ayuden a formarnos más y mejor. Todo lo cual nos construye como profesionales con una identidad que nos distingue. Me atrevo a afirmar que sin ideología no se forman más que personas con tal tibieza de ideas que son más vulnerables al “reinado de la tecnocracia” y a la ideología dominante (Vidal-Beneyto, J. 2009).

¿En qué mundo vivimos?

Debemos saber qué tipo de sociedad estamos construyendo y qué tipo de comunidades existen, para lograr, al menos, un cierto poder en la gestión de nuestras vidas, la de las instituciones y la de la comunidad o el barrio en el que vivimos, para saber, por consiguiente, cómo podemos intervenir. Son muchas las cosas que han cambiado recientemente del mundo en que vivimos. La crisis ha venido a aumentar la sensación de riesgo, y la *corrosión del carácter* tomará formas parecidas a las que describió Sennett. Aterrador fue lo que me dijo un día un trabajador de una empresa cualquiera: “Ilegaremos a ver personas que acepten que les peguen en el trabajo”.

Es escaso el control que podemos ejercer sobre nuestras vidas. Vivimos solos y así parece que lo hemos deseado. Esta es la sociedad posmoderna, una sociedad cuya principal característica es el riesgo, la incertidumbre, la libertad precaria, la soledad, el individualismo. Es una sociedad que provoca una gran impotencia. Tanto mayor en la medida en que hasta hace poco, y desde la Ilustración, llegamos a creer en el progreso como fuerza motriz del movimiento del mundo. Pretendimos configurarlo con nuestra racionalidad y estas ilusiones se han ido al traste.

Las sociedades contemporáneas están regidas, dice Alain Touraine, por fuerzas estratégicas que imponen cambios no controlados por nuestra experiencia de vida, experiencia que se halla fragmentada entre dos fuerzas opuestas: por un lado, se constata la disociación creciente entre el universo instrumental de la economía y el universo simbólico de la cultura. Por otro lado, el poder del innovador estratega o el del financiero se hace cada vez más difuso en un vacío social y político que va en aumento. Estos poderes desarrollan acciones estratégicas que no tienen por objetivo crear un orden social, sino acelerar el cambio, el movimiento, la circulación de capitales, bienes, servicios e informaciones (1997: 24). La primacía del mercado, de

la política económica sobre la política social es evidente en todos los países. Pero mientras que EEUU se está planteando salud para todos, en España la creciente política neoliberal se está extendiendo en, prácticamente, todos los campos en los que intervenimos: la privatización de los servicios sociales, la educación, la salud, etcétera, es imparable. Y los argumentos políticos para su implantación son de un cinismo inexplicable porque suponen un insulto a la inteligencia.

Sin embargo, no siempre triunfan las voluntades políticas, los ciudadanos podemos dar la vuelta a los hechos si no nos quedamos impasibles ante los mismos. Parece que es la hora de reaccionar. Hoy ante esta gran crisis tenemos la oportunidad de pasar de ser técnicos de la reforma a técnicos del progreso. Una nueva reconceptualización es necesaria y posible. Una reconceptualización que dé un sentido nuevo al trabajo social y una nueva dirección. No podemos permitir que la dimensión política del trabajo social se vea fagocitada por la dimensión tecnocrática. Hemos de construir conceptos que contesten a los conceptos light de las políticas neoliberales. El trabajo social tiene muchas dimensiones (asistencial, de protección, de integración social, preventiva, educativa, etc.) ejerzámolas todas. En Madrid ya se ha formado una plataforma de jóvenes trabajadores sociales contra la privatización de los servicios sociales. Es necesario crear un movimiento que haga visible nuestras preocupaciones por los más frágiles, los que van a ser verdaderamente dañados por la crisis. Si algo tuvo la otra Gran Depresión del 29 en EEUU fue una lucha sin cuartel de trabajadores sociales comprometidos contra la pobreza.

¿Ocurrirá algo semejante ahora en la Gran Depresión de nuestro tiempo? se pregunta Vicenç Navarro en unas reflexiones del 3 de diciembre de 2008, sobre el impacto de Obama en Norteamérica. Para este analista no son los grandes hombres los que hacen la historia. Es la dialéctica entre sus decisiones políticas y las reacciones ciudadanas y las presiones de la oposición. Señala que en Estados Unidos las clases populares están claramente descontentas y frustradas, pero las

izquierdas son muy débiles y los sindicatos están divididos. La conjunción entre una movilización importante de la juventud por Internet, el grado de impopularidad del sistema político y económico, y el riesgo de un populismo de ultraderecha, capitaneado por el Partido Republicano, son factores que están ejerciendo presión para que la Administración Obama tome medidas más radicales. Así, propuestas que no estaban en su programa, tales como gastar 700.000 millones de dólares en un plan de estímulo económico, con el objetivo de crear empleo en obras públicas y servicios públicos (incluyendo sanidad, educación, servicios sociales y transferencias sociales) puede ser un indicador de ello. “Un ejemplo más que no son los grandes personajes los que hacen la historia, sino que es la ciudadanía la que al movilizarse la hace posible”.

Es real que la progresiva individualización se está institucionalizando velozmente, y que cada vez más parece que es imposible encontrar puntos en común que nos movilicen. Pero, a pesar de nuestra ilusa autosuficiencia, podemos hacer mucho juntos conservando nuestra individualidad. Y no sólo hemos de conservarla, sino acrecentarla, mejorarla, hacernos individuos conscientes, para que sepamos qué es lo que hacemos y para qué lo hacemos, sujetos reflexivos, sujetos de poder, capaces de construir nuestra realidad y nuevas realidades con otros (Zamanillo, T. 2008: 11). Esa es la nueva identidad que propongo para los trabajadores sociales, la que parte de la responsabilidad individual y del deseo de formarse como individuos que pueden hacer algo juntos, individuos capaces de “forjar formas creativas nuevas y políticamente abiertas a los vínculos y las alianzas” (Beck y Beck: 2003: 63).

Es en este punto en el que el trabajo social puede encontrar de nuevo su fortaleza y su sentido hoy. Entre otras razones porque no se aleja de su origen, veamos nuevamente: “El cometido de los asistentes sociales (masculinos y femeninos) es amplísimo. Se trata de una ocupación relativamente moderna y surge en occidente cuando se va comprendiendo la importancia de las relaciones humanas en la vida

en general y en el seno de la empresa”. De esta forma, contribuirá, junto con otras de sus muchas funciones, a ampliar el Estado de Bienestar, necesidad que en este momento de la historia, es algo indiscutible para Dahrendorf. Para este sociólogo, mejorar significa más oportunidades para un mayor número de individuos, pero “las oportunidades sólo tienen sentido cuando están inscritas en las coordenadas de la solidaridad, la integración y la cohesión. Si la sociedad se desmorona e irrumpe la anomia, todas las posibilidades de elegir son aniquiladas” (2003: 153). Porque en una sociedad donde impera el consumo; los pobres no sólo no interesan sino que, además, son inservibles y molestos (2003: 141-142).

Mas el problema del Estado de Bienestar en España en su relación con el trabajo social es que, casi al mismo tiempo que nace, comienza a agonizar. La agonía es larga, pero muchas y muchos sienten que está muriendo en esa lenta pero constante llamada “externalización de los servicios”. El temor es la desinstitucionalización del sistema de servicios sociales, su división en miles de conciertos con empresas que tienen criterios éticos muy diferentes o no los tienen; la libre competencia de un mercado que, para muchas de las personas que se mueven en él, es salvaje, pues permite una competencia desleal por su falta de regularización y control.

Esto es una de las preocupaciones fundamentales de los jóvenes de hoy, sujetos a una precarización del empleo que les asemeja con los usuarios en cuanto a las condiciones de empleo y que a la vez les desorienta y les confunde en sus funciones profesionales. Ese sí es un verdadero problema de identidad profesional, en cuanto que se les contrata para múltiples funciones de HÁGALO UD. TODO. Estos jóvenes están sometidos a los caprichos de muchas empresas o asociaciones, con o sin ánimo de lucro, que son subvencionadas con dinero público y que no cumplen los mínimos criterios éticos ni en los contratos, ni en los convenios con la Administración. A modo de ejemplo, para bajar a la realidad social, conozco un contrato que, en el proyecto que se presenta para su

subvención se contempla una trabajadora social para la dinamización comunitaria. Y... ¿qué le piden hacer? que se pasee desde el jueves al domingo desde las 13 h. hasta las 22, por un barrio inmenso y vacío. No tiene objetivos, ni pautas ni ninguna referencia sobre la que orientarse en su trabajo.

El ser y el hacer en trabajo social

El trabajo social se ha preocupado más del hacer que del ser. Ahora nos toca desarrollar nuestro ser, que bien puede surgir de ese hacer constante en el que nos hemos movido siempre con compromiso. Yo tengo y traigo un deseo muy fuerte para esta época en la que estamos: el de revisar una identidad rígida, la de un trabajo social en el que predomina la gestión, un trabajo social que se ha conformado con unos servicios sociales mínimos entretnejidos en la burocracia, que se están institucionalizando en la privatización a pasos agigantados. Tenemos la necesidad de trabajar juntos y no rendirnos ante hechos, como la destrucción del Estado social, que parecía que habíamos superado en los años setenta y ochenta. No podemos caer en la desilusión, debemos comenzar a trabajar conversando, creando vínculos, denunciando, haciéndonos visibles, construyendo redes y haciendo todo lo que se nos ocurra en nuestra imaginación. Hoy no podemos quedarnos tranquilos sólo con las conquistas alcanzadas con los estudios, eso sería comprobar que únicamente nos interesaba el estatus de los profesionales. Mediocre objetivo si no va acompañado de formarnos para compaginar ser profesionales de la emancipación y no sólo del control y de la gestión de las ayudas.

Y es que, en la sociedad en la que vivimos hoy estamos en un momento del TODO VALE. Es muy escandalosa la corrupción, pero no vamos a entrar en ello porque no nos concierne ahora. La referencia que quiero hacer aquí a este *todo vale*, además de lo señalado (los contratos a los jóvenes, la competencia desleal

entre asociaciones, etc.), es sobre el conocimiento y sobre los resultados que éste tiene sobre la ética. Es preciso estar alerta para que no valga todo. Por eso nos preocupa a muchas personas la formación, una formación que profundice en las situaciones a las que nos hemos de enfrentar. Necesitamos una formación a la vez ecléctica y profunda. Pero no ese eclecticismo que coge por las puntas y no por las raíces los conceptos que van a guiar su intervención, porque cree que intervenir es tener unas cuantas pautas para solucionar un caso. Se olvida con frecuencia que la intervención comienza por el análisis del campo de intervención para proceder a relacionar los hechos y los datos para la elaboración del diagnóstico.

El eclecticismo que rechazamos es el que sirve para hacer más o menos lo que cada uno entiende a su manera que puede hacer, quiere hacer, o se lanza a hacer sin más criterio que el del impulso por ayudar sin reflexionar con las aportaciones que nos ofrecen las ciencias sociales. El eclecticismo que aquí proponemos se refiere a la selección de conceptos que, bien formalizada, produciría un esquema conceptual referencial operativo (llamado ECRO). Pensamos que merece la pena hacer el esfuerzo por elaborarlo porque necesitamos una formación que integre los conocimientos, que integre la teoría, la técnica y la ética. Es una propuesta para abandonar la línea de fragmentación de conocimientos en la que venimos abundando desde hace mucho tiempo.

Y en este punto no podemos menos que señalar un problema epistemológico de primer orden que viene desde los años noventa, el de la proliferación de modelos para el trabajo social. A este problema lo llamo modelitis, lo mismo que antes tuvimos el síndrome de la metoditis. En algunas escuelas se habla hasta de veinte modelos. ¿Cómo es posible creer que existen tantos? Se sabe que hay libros que así lo transmiten, pero desde el punto de vista epistemológico es una gran falacia comunicar eso a los alumnos porque nosotros, los docentes, somos responsables de reflexionar y de refutar, criticar y cambiar lo que no se adecua a la realidad.

¿Alguien conoce algún profesional que maneje conceptos de más de tres o cuatro modelos en alguna de las profesiones de la sociopsicología? Un modelo es fundamentalmente un sistema conceptual. En general los profesionales de la intervención psicosocial se forman en uno, o como mucho dos que sean complementarios; sobre todo y, entre otras razones, porque la formación en un modelo exige una articulación entre teoría y técnica que lleva muchos años de aprendizaje. Pensamos que sería aconsejable que se plantee en las escuelas una reflexión detenida y dialogante sobre ese tema, y más ahora con los nuevos planes de estudio.

En la actualidad hay mucha investigación sobre la intervención social que ha reunido nuevos métodos y técnicas. Estas investigaciones cuestionan, entre otras cosas, el uso del poder que tienen muchos profesionales situados en el lugar del saber de experto; analizan cómo pueden influir negativamente en el encuentro profesional las diferencias de origen cultural, clase social, raza, etcétera, de las personas con las que trabajamos; estudian cómo, si no tenemos en cuentas estas diferencias, pueden interferir y crear dependencia prolongada (Korin E. C. 1997: 9). En fin, para situarnos en una relación más simétrica con las personas, y pasar de ser instrumento de control a ser un instrumento de emancipación, es preciso investigar interrogándose constantemente; es preciso anotar todo lo que se observa para indagar acerca de las preguntas que nos acerquen más y mejor al mundo de las personas con las que trabajamos; es necesario estudiar y, fundamentalmente, supervisarse. La supervisión es uno de los modos de formarse más interesante porque las preguntas entre supervisor/a y profesionales hacen avanzar la investigación, porque no hay ciencia sin preguntas, la ciencia no puede avanzar con certezas. Algunas de ellas son: ¿Cómo pasar de una relación instrumental que exige al otro que cambie de acuerdo a la idea que nosotros tenemos de él, a una relación de intercambio de información y comunicación? (Zamanillo, T. 1992). ¿Cómo escuchar lo que la persona no sabe decir explícitamente? ¿Cómo adoptar una perspectiva crítica que haga descubrir los

significados que velan la ideología dominante o el llamado hoy pensamiento único?

Leer literatura profesional, pero también leer a los clásicos nos ayudará a complementar la formación y a multiplicar las preguntas; nos ayudará todo ello a salir del tedio que muchas veces envuelve a los profesionales en general. Es preciso acercarnos a la herencia cultural que tenemos en Occidente, porque es patrimonio teórico que nutre a todas y todos los investigadores de cualquier especialidad; y porque Darwin, Marx, Freud, entre otros filósofos, hablaron para todas las disciplinas, contribuyeron al conocimiento de la humanidad, teorizaron para que comprendiéramos mejor la conducta humana. Y denominamos investigadores a todas y todos los que participan de la comunidad de trabajo social, pues los que se llaman a sí mismos profesionales también pueden hacer investigación.

Y se trata también de leer a los sociólogos contemporáneos: Sennett, los Beck, Giddens, Dharendorf, Maffesoli, Bauman, etcétera. Por ejemplo, un momento con Sennett ampliará uno de los principios básicos de nuestra profesión: el del respeto a la dignidad de la persona. Para Sennett, el respeto es un comportamiento expresivo. Esto quiere decir que el respeto ha de ser genuino, no formal. Transmitirlo con convicción supone aprender a reconocerle al otro tanto lo que hace bien, para estimularle, como lo que no hace bien. Aprender a hacer una crítica a los otros sin provocarles rechazo es extremadamente difícil. Porque hace falta tener curiosidad por el otro y abandonar el discurso interno, la posición personal. De esta forma se puede llegar a conseguir una consciente comprensión entre ambos interlocutores sostenida en la empatía.

Por otro lado, sus reflexiones de la mano de Marcel Mauss sobre los dones, nos sirven para indagar acerca de la relación que mantenemos con las personas cuando hay ayudas económicas por medio. Depender del sistema de protección

social no es agradable para nadie, por mucho que algunos trabajadores sociales así lo crean. Porque la posibilidad psicológica de combinar dependencia y autonomía no es posible cuando las personas sienten que se les presiona a algo. En el libro *El Respeto* sostiene al final que la igualdad que ha defendido “se basa en la psicología de la autonomía. Más que una igualdad de comprensión, la autonomía significa aceptar en los otros lo que no podemos entender de ellos. Al hacerlo, tratamos el hecho de su autonomía en igualdad de condiciones con la nuestra. La concesión de autonomía dignifica a los débiles o a los extraños, los desconocidos; hacer esta concesión a los demás fortalece a la vez nuestro carácter” (2003: 264). Pero autonomía y dependencia, o vinculación, no son conceptos excluyentes, más al contrario, no puede haber autonomía sin dependencia ni viceversa.

Señalo esto como invitación a reflexionar a fondo sobre el concepto de dependencia tal y como es representado en el imaginario de los trabajadores sociales, ya que es un tema que, desde mi punto de vista, está muy estereotipado. Una recomendación contra las creencias que anidan en estas representaciones mentales tan poco analizadas, puede venir de la mano de Todorov. Para él “la dependencia no es alienante, la sociedad no es maldita, es liberadora; hay que deshacerse de las ilusiones individualistas. No hay plenitud fuera de la relación con los otros; el reconfortamiento, el reconocimiento, la cooperación, la imitación, la competencia, la comunión con el otro, pueden ser vividos en la felicidad” (Todorov, 1995: 208-209).

Las cuestiones precedentes nos han remitido, por medio de unas rápidas pinceladas al ser, al sentido, a lo que va a formar parte del contenido de nuestra identidad. Pero el ser no excluye el hacer. Ser y hacer forman lo que llama Aranguren, el yo reflexivo y el yo ejecutivo. Si ponemos ahora la mirada en el hacer, observamos inmediatamente que trabajar en la sociedad de nuestros días es elegir el punto de encuentro y de igualdad en lo común que todas y todos

tenemos, cualquiera que sea la procedencia de la que vengamos, es el espacio de la diversidad y el mestizaje. Por ello, formarnos más para intervenir en grupos y en comunidad nos ayudará a restablecer vínculos para paliar los daños de la soledad de los individuos, sobre todo de aquellos sometidos a la exclusión. Porque en la interacción intersubjetiva las personas aprenden, unas con otras, a enfrentar los conflictos de la vida cotidiana y a ampliar su mundo, adquiriendo así más seguridad en sí mismas. Porque, como dice Todorov, las cosas del “mundo” por sí mismas no pueden confirmarnos nuestra existencia, mientras que las relaciones que mantenemos con los otros, el calor y el reconocimiento que recibimos, sí nos confirman (Todorov, 1995).

Esta es la democracia que queremos construir, una democracia de aprendizaje. Es una democracia que nos implica como individuos responsables a aventurarnos por caminos nuevos junto a otros; porque la capacidad para participar en grupos hoy no es frecuente y es preciso estimular a las personas a desarrollarla. Mas esta aventura nos insta a ser ciudadanos de primera clase. Esta es la dimensión educativa del trabajo social que no podemos olvidar. Porque formas de hacer trabajo social hay muchas que no son incompatibles entre sí. Pero hoy, ineludiblemente, todas y todos hemos de revisar nuestras conductas para aprender a hacer democracia en una sociedad que está construyendo nuevas formas de convivencia y de institucionalización de su sistema de protección social.

Para algunas y algunos trabajadores sociales nos es imprescindible realizar un análisis crítico de la realidad social para poder tratar con las personas que hoy se encuentran en la exclusión. Acerquémonos a la mirada de Bourdieu sobre esta cuestión. Este analista considera que los trabajadores sociales son los asalariados que gestionan, a pesar de ellos mismos, *la miseria del mundo*. Y se pregunta si las *pequeñas manos del Estado*, como llama a los trabajadores sociales, hacen frente a la miseria, encontrándose, como están, confrontados a lo imposible, y si deben

estar movilizados constantemente para que sean considerados como funcionarios de la paz social. (op. cit. 171).

Bourdieu considera que la contradicción se halla en el fundamento de la institución, en forma de doble vínculo: se contrata, por ejemplo, a una trabajadora social para reactivar la vida del barrio, hacer participar a los residentes en la gestión, “consignas éstas que no son más que palabras, ficciones automistificadoras mediante las cuales la tecnocracia trata de animarse un poco”. Pero, “el trabajador social no puede dar más que lo que tiene, la confianza, la mínima esperanza que se necesita para empezar a moverse”. Y además, debe luchar sin cesar en varios frentes: por un lado, contra aquéllos a quienes desea asistir, que con frecuencia están demasiado desmoralizados para hacerse cargo de sus propios intereses; por otro lado y, con más razón, los de la colectividad; por el otro, contra administraciones y funcionarios divididos y encerrados en universos separados. (Bourdieu, 1997: 168)

Las preocupaciones por un trabajo social diferente en un mundo diferente forman parte también de las reflexiones de un libro que analiza los debates del trabajo social en el que se encuentra, entre otros, Robert Castel. Para comprender el momento presente, dice Jacques Ion, recopilador del libro, es preciso prestar atención a cuestiones que no son solamente teórico-metodológicas, sino a los contactos que se desarrollan en las relaciones interindividuales. Estos no pueden observarse sin evocar los procesos de individualización de las relaciones sociales en el conjunto de las actividades industriales y de servicio. La individualización es una parte nuclear del trabajo relacional que hacen los trabajadores sociales con los usuarios, beneficiarios o clientes (los términos que se usan no son inocentes, apunta). Autonomía y responsabilidad individual de los usuarios se imponen como el leitmotiv. La RMI ha mostrado la vía. Aquellos que han sido víctimas deben probar su capacidad de acción individual. Y se pregunta ¿responsabilización quiere decir culpabilización? (2005: 11).

Una de las cuestiones que nos planteábamos líneas más arriba era cómo conjugar la autonomía con la dependencia de las personas con las que hemos de trabajar. Para este sociólogo, el problema reside ahora en el ideal emancipatorio. En efecto, ¿qué podemos hacer si las esperanzas de salir de la crisis hoy disminuyen? Entonces, se trata menos de liberar al individuo de sus ataduras primarias que de asegurarle de sus capacidades para vincularse a los otros, dice (op. cit. 2005: 18). Esta es la propuesta que vengo haciendo a lo largo de mi carrera profesional de los últimos años y que la expongo en el libro de *Trabajo Social con grupos y pedagogía ciudadana*. Una propuesta que trata de articular la emancipación como individuación o diferenciación del sí mismo, con las relaciones de mutualidad de la vida en común.

Por su parte, Robert Castel señala la paradoja a la que están sometidos los trabajadores sociales. En el trabajo social clásico se responde a un mandato social y político, como el de promover la integración social de los beneficiarios. Pero esto se realiza con un análisis que destaca un problema de los individuos y se trabaja sobre su economía personal. Esta tensión entre una finalidad sociopolítica y un modo de tratamiento psicorelacional es agravada hoy en la medida en que la mayor parte de los nuevos usuarios tienen necesidad de un servicio porque están en una situación social insostenible, más que porque sufran un déficit personal. Las intervenciones sociales están amenazadas por lo que François Dubet llama la *norma de interioridad*: es la propensión a buscar en el mismo individuo tanto las razones que dan cuenta de la situación en la que se encuentra, como los recursos que ha de movilizar para que pueda salir de esa situación. Es, sin duda, dice, una manera de responsabilizarle, pero también un gran riesgo de culpabilizarle imputándole la responsabilidad de su situación (op. cit. 2005: 45-46)

Y al final era el principio. Con esta expresión queremos terminar este epígrafe para recordar a Mary Richmond y a sus maestros teóricos del Interaccionismo

Simbólico. Sobre todo, porque aunque no se trate de una nueva mirada, es preciso volver a insistir en el campo del trabajo social para poder internalizarlo como una tesis básica, sin la cual es imposible intervenir adecuadamente. Nos referimos a la clasificación de los tipos de intervención profesional agrupados en las "comprensiones" y las "acciones" como el sentido y ser del trabajo social que nos va a procurar alcanzar lo específico del mismo, a saber:

- 1) "comprensión de la individualidad y de las características personales.
- 2) comprensión de los recursos, de los peligros y de las influencias del medio social.
- 3) acción directa de la mentalidad del asistente social sobre la de su cliente.
- 4) acción indirecta ejercida sobre el medio social"

Ninguno de los tres primeros tipos de intervención apuntados distingue a un profesional del trabajo social de un psicoterapeuta, dice. Sin embargo, es en "la acción ejercida sobre el medio social" en que se desenvuelve el individuo, donde el trabajador social obtiene una nota de singularidad frente a las otras profesiones que tienen por finalidad la educación del hombre, para que alcance su máximo desarrollo. También para la autora, esta función "le es propia en una medida más amplia que los otros métodos anteriormente descritos", porque, "para que los esfuerzos de la asistente social alcancen un resultado permanente, es necesario que los que rodean a su cliente lo influyeran en el mismo sentido que ella". Esta condición que establece la autora es la que, a su juicio, convierte al trabajador social en el único profesional que trata de conseguir esa adecuación entre el hombre y su medio, mediante intervenciones simultáneas.

Y sigue diciendo: "Esta nueva clase de técnica especializada cuyo fin es el de efectuar una mejor adaptación del individuo al medio en el cual debe vivir", por medio de "la comprensión de ambos", además de las técnicas de "reeducación de las costumbres", "política de aliento como método de reeducación", "hacer tomar

parte activa en los planes concebidos por su bien", etcétera, nos da una idea acerca de la intervención que, a modo de técnica o "habilidades, sirven para lograr el propósito final". Algunas de ellas son: "la sensación de frustración no cede frente a los consejos generales vagos y optimistas". Por ello, "el asistente social debe aprender el arte de descubrir lo que interesa principalmente a su cliente y saber aprovechar las inclinaciones de éste para reanudar los lazos rotos, o darle lo que le falta, una finalidad en la existencia"; valor de la empatía y del interés sincero hacia el cliente; manejo del ambiente social de la persona; utilidad de la "simpatía" para despertar en los clientes recursos que no sean los de "apiadarse de sí mismos", etcétera.

En esta amplia cita hay dos cosas que nos interesa destacar, más allá de las habilidades que transmite para intervenir. En primer lugar, es que no hay trabajo social sin tratar de reformar el ambiente de las personas y de las instituciones. Mary Richmond no fue una revolucionaria, lo sabemos, fue una reformista. Para ella "el servicio de reformas sociales tiende a elevar 'en conjunto' las condiciones en las cuales viven las masas" (...) Propone "reunir los hechos conocidos y reinterpretarlos para uso del servicio de reformas sociales..." Esta es una función básica del trabajo social que años ha le dio identidad a los primeros profesionales. En ella promueve que los trabajadores sociales demos cuenta de las situaciones de pobreza que conocemos (M. Richmond, 1982: 62-111).

Por eso no podemos menos de preguntarnos a día de hoy ¿qué queda de los deseos de reforma que emprendieron los trabajadores sociales de principios del siglo pasado en plena Gran Depresión? Y ¿qué queda de los trabajadores sociales como agentes de cambio de la década de los setenta? Nos hemos olvidado del núcleo de nuestros objetivos porque nos hemos institucionalizado y burocratizado, y porque vivimos tranquilos en nuestras pequeñas parcelas. Reformar o transformar las instituciones, pero hagamos algo.

En segundo lugar, se ha de destacar para, asimismo, internalizarlo, la conjunción y unidad de individuo-situación. Se trata de “alcanzar a ambos” porque individuo y sociedad es una unidad indisoluble, no sólo reconocida por la filosofía de la escuela del pragmatismo americano, el campo de la psicología social, sino formalizada más tarde por sociólogos de la talla de Norbert Elias o Bourdieu. Si desde otras disciplinas como la sociología y la psicología social se habla de individuo y sociedad, como un campo más amplio, en trabajo social hablamos de individuo y situación como un campo más pequeño, el del ambiente que rodea al individuo, el que atañe más a los fenómenos que le condicionan o le determinan, el de las situaciones de malestar psicosocial que le dañan y le impiden su desarrollo. Es un campo microsociológico.

Hacia una nueva ética

Hablábamos al comienzo de fracaso ético en la sociedad de nuestros días. Y con la ética queremos terminar antes de concluir. Este sentimiento de fracaso que tenemos nos debería impulsar a un nuevo pacto social. ¿Podemos tener todavía esperanza en un futuro más justo? ¿Es Obama un líder que puede ofrecer alguna confianza? Lo que sí parece probable es que la crisis económica va a obligar a algunos políticos a buscar soluciones. La última noticia que he leído al respecto antes de la reunión de G20 hablaba de un seminario en Chile con políticos, intelectuales, ministros y exautoridades de gobiernos de centroizquierda de diecisiete países, cuyo título era: *Respuesta a una crisis global: hacia un futuro progresista*. Pero no podemos engañarnos, hoy ya casi nadie quiere enterrar el capitalismo. “Para el secretario de estado de Trabajo y Pensiones del Reino Unido, James Purnell, la socialdemocracia tiene que salvar al capitalismo del capitalismo”.

Pero los cambios globales de nada sirven si no van acompañados de cambios locales. Creemos que es obligatoriamente ético salir de la rutina. Por eso también

necesitamos que las conductas profesionales se apoyen firmemente en unos criterios éticos racionales, con capacidad de discernimiento, respetuosos con las personas, con los propios profesionales, con el medio ambiente y con las instituciones en las que se trabaja y con las que se colabora. Unas prácticas profesionales coherentes que proporcionen la identidad profesional tan necesaria en tiempos de desorientación y crisis, como son los que ahora vivimos gran parte de la población y, más en concreto, los grupos profesionales. En definitiva, unos criterios éticos que contemplen lo fundamental del saber y el hacer ético, cuya esencia se encuentra en la responsabilidad individual y colectiva que nos hace actuar teniendo en cuenta lo siguiente:

- el cuidado de sí mismo; el cuidado de los otros; y el cuidado de las instituciones

¿Qué queremos decir con prácticas coherentes? Se trata de llevar a cabo una intervención social que vaya más allá de la gestión de las ayudas y la combine con el acompañamiento social, con la intervención en redes, con la intervención con grupos. Pensamos que la polaridad excluyente en la que se mueven los profesionales, ora en la gestión de las ayudas, ora en la intervención social no es una conducta propia de trabajadores sociales que han de formarse para intervenir en una sociedad tan compleja; una sociedad en la que cada vez más, en palabras de Ralf Dahrendorf, existe “un mundo desbocado (...) sin ligaduras capaces de contener a los individuos, de ahí que la ley y el orden se convierta en un problema” (2003: 99). En fin, no es una conducta que trate de integrar los vértices de teoría, técnica y ética que han de encontrarse articulados en todo proceso de intervención social de la postmodernidad.

Hay un acuerdo generalizado que no se pone en cuestión, a saber: que la contribución del trabajo social a la sociedad pasa por aspirar a un mundo más justo y equitativo, un mundo que permita el desarrollo personal de los individuos, junto con otros, sin exclusión de ninguno. De ahí que desde una concepción

amplia del hacer ético, aquellos profesionales que entienden su función social sólo como gestión, además de sentir una profunda frustración que no saben cómo resolver, más que con la queja constante, están haciendo una falta ética consigo mismos, con los demás y con las instituciones. Por mucho que éstas no les pidan nada más que esa gestión. Y es que la gestión no puede estar dissociada de la llamada intervención porque todo es intervención. Intervención y gestión no son términos excluyentes.

Y ¿cómo transformar nuestra realidad social si observamos que uno de los efectos de la individualización es vivir en un mundo de personajes aislados, sometidos a los crecientes riesgos de la globalización, que está excluyendo a los que más apoyo y ayuda necesitan? Tarea ardua y compleja la que tenemos en trabajo social; tarea que exige tomar decisiones sumamente importantes en el ejercicio de la profesión. Decisiones en algunos casos contradictorias, comprometidas, complicadas... Pero tener claro en el horizonte de nuestros principios uno sumamente importante del que, además, nosotras y nosotros gozamos: que los seres humanos alcanzan su mayor grado de creatividad cuando son libres de la necesidad inmediata de asegurarse los medios de supervivencia y libres también de la penosa presión de sus necesidades psicológicas (Bauman, 2002: 334), nos ayudará a ir construyendo ese marco operativo de una ética profesional no instrumental sino finalista.

Y esto es necesario porque la humanidad, la cultura humana, es el único proyecto conocido que trata de elevarse por encima de la mera existencia, trascendiendo el determinismo. “La cultura humana, lejos de ser el arte de la adaptación, es el intento más audaz de romper los grilletes de la adaptación en tanto que obstáculo para desplegar plenamente la creatividad humana.” La cultura representa así lo que Erwin W. Strauss, según cita Bauman, señaló del hombre: “un ser que cuestiona, que irrumpe a través del horizonte de los fenómenos sensoriales y trasciende el presente inmediato (...) La cultura es exclusiva del hombre en el

sentido de que, entre todas las criaturas vivientes, es la única capaz de desafiar la realidad y pedir una significación, justicia, libertad y bondad más profundas, tanto individuales como colectivas” (2002: 335).

De nuevo nos planteamos la pregunta del párrafo anterior: ¿cómo transformar la realidad...? No hay, desde nuestro punto de vista, otra respuesta que ésta: juntos podemos luchar para paliar las consecuencias del creciente individualismo, podemos embarcarnos en experimentos cotidianos, dicen U. Beck y E. Beck. Se trata de experiencias “donde descubriremos cosas sobre una nueva ética que combine la libertad personal con el compromiso con los demás”. La propuesta es ir aprendiendo a “disfrutar de la propia vida, completándola con una preocupación autoorganizada por los demás, y liberada de las grandes instituciones.” Estos serían los intentos de construir una ética operativa válida para la sociedad de nuestros días (2003).

Somos conscientes de que estamos usando el significado de cultura de una forma muy amplia. Tanto que... además nos atrevemos a sostener el siguiente aserto: la intervención del trabajo social es una forma de cultura que en la segunda modernidad puede llegar a tener un amplio sentido, si se tiene en cuenta que entre los conceptos fundamentales que ha practicado la profesión se encuentran el del respeto a la autonomía de la persona y la emancipación de los sujetos. Y como toda cultura, el trabajo social necesita unos criterios éticos que guíen los pasos de su caminar, de forma que se amplíe así el mapa por el que se orienta. Es así como se irá creando más cultura a medida que se aumente el conocimiento y se aplique a la transformación de la realidad social mediante la praxis. Se trata de insistir una vez más en que entre la teoría y la práctica existe la relación que queramos darle con nuestro compromiso ideológico y ético, a saber: que lo formulado teóricamente sea llevado a la práctica. Este es el sostén de una ética genuina, una conducta ética que sirva a los fines de la intervención social.

Y es que, en resumen, es un objetivo del trabajo social que el sujeto desarrolle una acción reflexiva sobre su medio para tomar sus propias decisiones. Estos objetivos impelen al profesional, no sólo a reconocer un espacio al sujeto-ciudadano en la relación, sino también una capacidad en la toma de decisiones. Esto requiere, por parte del profesional, de un conocimiento de la realidad y de su complejidad, que evite el interés técnico y se sitúe en las claves del interés emancipatorio, citando a Habermas. Propuestas que coinciden con los principios y valores fundamentales del trabajo social.

Todo esto supone un deber ético, deber que trata de desarrollar la identidad profesional como una extensión de la identidad personal; una extensión de la subjetividad, del individualismo; una extensión del yo al nosotros, porque no es posible construir el yo sin alteridad. Así, la democracia de aprendizaje significa que el sujeto aprende durante toda su vida con los otros; aprende que “Ser sujeto es ser capaz de construir, a lo largo de la vida, relaciones de conocimiento mutuo. Ser sujeto es, primordialmente rechazar, tanto para uno mismo como para los demás, las relaciones de dominación, de servidumbre, de autoridad impuesta arbitrariamente, de desprecio y de subordinación personal”. Esta es la dimensión ética de la identidad que propongo de la mano de Dubar para destacar con él que “no basta con creer en la justicia, sino que todavía hace falta poder reconocerse a uno mismo y ser reconocido como justo, es decir, concretamente solidario con los que sufren (Dubar, C. 2002: 252).

Creer y actuar con justicia es cuidarse a uno mismo, al otro y a las instituciones. Pero es un trabajo muy comprometido y difícil; exige mucha atención para gobernarse uno a sí mismo. Porque sucede que, generalmente, actuamos con la mirada puesta en el otro y en la institución para criticar a ambos por detrás, para triangular, como se suele decir, no para expresar las críticas de frente. De ese modo, no sólo no hacemos ningún bien a nadie, ni a nosotros mismos, sino que

dilapidamos la energía que podríamos concentrar para aprender a comunicarnos con transparencia.

La respuesta a la pregunta de hace un rato: ¿cómo contribuir a la transformación de la sociedad? no tiene por el momento para este foro otra respuesta que ésta: puesto que la sociedad está compuesta por las instituciones que hemos creado y en las que participamos, cuidarlas es, a la par, cuidarnos a nosotros mismos y a los otros. Es tener en cuenta la alteridad, es vivir en concierto, participar de la música que es el acto más hermoso para religarnos. Siempre teniendo en cuenta que las instituciones nos proporcionan el sostén de nuestra vida, entendido éste por los múltiples beneficios que obtenemos de ellas, aún cuando también nos reportan sufrimiento.

Conclusiones

Es difícil concluir en un mundo lleno de aperturas en muchas direcciones. Voy, no obstante, a intentarlo.

Los problemas de identidad de la profesión la han marcado, sí es cierto. No era fácil definirla, éramos todas mujeres trabajando con los pobres. Ni el objeto de conocimiento, ni la lucha solitaria de las mujeres favorecían la construcción de la identidad. La falta de reconocimiento hacia los pobres y hacia las mujeres presenciaba cualquier reivindicación. Pero ya no podemos volver al principio porque no estamos en 1968. Estamos en 2009, un momento crucial para el trabajo social en España. Un momento de nuevos planes de estudio que nos van a dar el reconocimiento y el estatus que nos merecemos después de muchos años de abrirnos camino en obtener por fin el nivel de estudios que necesitamos para acometer la complejidad de la vida social de nuestro días.

Por eso hoy, preguntarse de nuevo ¿qué pasa con nuestra identidad? O afirmar que se trata de un mal endémico, como dijo Salvador Giner ese mismo año, creo que nos llevaría definitivamente a la enfermedad mental crónica. Y es que la identidad no se forja de una vez para siempre, la identidad no se cose, como dice José Luis López Aranguren, la identidad se hilvana. Y son esos hilvanes los que en diversas épocas de la biografía de cada una o uno deben ser repasados para reforzar los hilos sueltos o volver a repasar de nuevo todo el dobladillo, porque a fuerza de usar la falda, a fuerza de andar y recibir pisotones, los hilos se han soltado.

También es cierto que hoy todavía hay muchos trabajadores sociales que sí están sufriendo problemas de identidad, que no crisis. Son esos jóvenes mal remunerados y contratados para el TODO VALE que decíamos líneas más arriba. En este punto, los colegios profesionales tendrán que hacer un importante esfuerzo por denunciar estas situaciones. De lo contrario ¿para qué están? También hemos de implicarnos los demás, los que no sentimos problemas de identidad, pues los colegios están compuestos por todas y todos.

Y esta mención nos lleva a otro punto fundamental para madurar de una vez por todas. Es una cuestión siempre pendiente que nos avisa constantemente de que no estamos haciendo las cosas bien o, más bien, muy mal. No hay por qué disimularlo bajo no sé qué justificación. Es una profesión invisible porque no nos responsabilizamos de hacerla visible publicando nuestras observaciones y análisis de la realidad que conocemos. ¿Por qué no lo hacemos? La respuesta la tendrá que buscar cada una/o en sí misma/o.

Es importante también, desde mi perspectiva de estudio, dejar de dividir nuestro campo entre disciplina y profesión nos ayudaría a cortar viejos retoños que brotan de vez en cuando, como es la idea preconcebida de que la teoría no sirve para la práctica, y que son cosas distintas; o la inseguridad que nos lleva a ansiar tener

certezas que llenen nuestros vacíos. Dicho sea de paso, he testado a varios profesionales sobre esta cuestión: ¿por qué continuaron sus estudios después de terminar trabajo social? Y la respuesta mayoritaria ha sido ésta: “porque sentía que tenía lagunas de conocimiento para poder intervenir”.

Y para terminar, desgano algunas de las convicciones que han guiado mi camino profesional para que las recojan quienes vean en ellas algo útil. Todas están relacionadas con el poder. Porque en la profesión he partido siempre del siguiente convencimiento: el trabajo social es ayudar a que las personas tengan más poder del que tienen, teniendo en cuenta siempre el difícil equilibrio que existe entre la dependencia que tienen de las instituciones y la necesidad de protección que les debe el Estado social. En todo lo demás, en nuestra naturaleza humana no hay distinción alguna. Pues bien, éstas son las convicciones que guían mi camino profesional:

- Hemos de convencernos de que las soluciones que podíamos imaginar en los años setenta y ochenta hoy no sirven tanto.
- Hemos de convencernos que no podemos actuar antes de comprender.
- Hemos de convencernos de que aprender a analizar la complejidad de las situaciones de la sociedad en la que vivimos no es una tarea fácil, por ello se necesita más formación.
- Hemos de convencernos de que la realidad es multiversa y, por tanto, es preciso intervenir desde una perspectiva integrada. Por esto, es necesario acercarnos a la realidad como propone Ritzer: un paradigma integrado comprende la realidad social desde cuatro perspectivas: *macroobjetiva*, *macrosubjetiva*, *microobjetiva* y *microsubjetiva*.
- Hemos de convencernos de que la supervisión y la sistematización de la práctica es el primer paso para poder hacer una investigación evaluativa rigurosa de nuestras intervenciones.

- Hemos de convencernos de que a partir de ahora podemos hacer doctorados e investigar. Eso nos ayudará a consolidar nuestra identidad y a aumentar nuestro poder.
- Hemos de convencernos de que podemos evaluar nuestras intervenciones.
- Hemos de convencernos de que con los resultados de nuestras investigaciones, podemos y debemos crear escuelas de pensamiento que pueden coincidir, claro está, con las existentes en las ciencias sociales.
- Hemos de convencernos de que no podemos seguir haciendo sólo trabajo de casos, sino que intervenir con grupos y con comunidades será una aportación a una nueva convivencia democrática, y a la creación de lazos, afectos, y referencias entre las personas, verdaderamente importante.
- Hemos de convencernos de que podemos vacunarnos contra la rutina. Para luchar contra la rutina y la burocratización viene bien recordar de nuevo a Mary Richmond que aconsejaba “tratar las cosas desiguales de manera desigual.”
- Hemos de convencernos de que debemos leer y leer, de las fuentes originales del pensamiento, de las novelas, de los análisis de los periódicos y también de las noticias. De esa forma, veremos cómo aumenta nuestra capacidad de observación, de escucha y de análisis.
- Hemos de convencernos de que debemos escribir y sin leer no se aprende a escribir. Escribir interpelando a la realidad, reflexionando sobre ella, analizándola.
- Hemos de convencernos de que hacer visible nuestro trabajo, publicándolo, es una necesidad de primer orden y también un deber ético.

¿Por qué pongo tanta exigencia ética? Porque cada época tiene su afán y hoy se habla mucho de ética aunque no sepamos cuánto se aplica. Cuando la ideología sostenía nuestras acciones no hablábamos tanto de ética. Hoy todo hace pensar que ésta es la época de poner más atención a nuestra ética. Quizás porque parece que todo se está desbordando demasiado y tal vez comience a existir un cierto temor a que nuestras pulsiones hagan naufragar la embarcación en la que estamos navegando. Es el Titanic que transporta a esta sociedad tan arrogante, tan narcisista, a esta democracia de Occidente tan hipócrita, pero que se cree la mejor. El miedo es sano, escuchémoslo.

Y, por último, invito a virar a la izquierda. ¿Qué quiero decir con esto de la izquierda? Una propuesta de la izquierda para estos tiempos es dejarnos invitar por Foucault en aquello de acercarnos a los problemas políticos en términos de 'verdad/poder', tarea y compromiso del "intelectual específico", de aquél que lucha con una conciencia concreta, e inmediata, en los lugares donde le sitúan su trabajo, o sus condiciones de vida. Esto nos exige realizar un ejercicio constante sobre uno mismo de autocrítica, para acceder a un modo de ser más liberado de ataduras, convencionalismos y autoengaños. Este camino se puede hacer en grupos de trabajo, conversando, dialogando y discutiendo para, mediante la crítica mutua, podamos desvelar las creencias que nos impiden ver la realidad tal y como es. Y con la práctica de diálogo, en un mundo cada vez más individualista, podemos recuperar la esperanza en los otros y en las instituciones, la esperanza en que juntos podemos luchar y hacer algo para transformar, esto es, para dar formas nuevas a las instituciones. Esta es la invitación a un trabajo social reflexivo que he querido plantear en esta ponencia.

BIBLIOGRAFÍA

Arambarri, P. (2002): "Viaje al país de la metodología", en *Revista del Consejo General de Colegios oficiales de Diplomados en Trabajo social*, nº 57, Madrid.

Arambarri, P. (2002): "Trabajo social: conversaciones en la frontera", en *Revista del Consejo General de Colegios oficiales de Diplomados en Trabajo social*, nº 58, Madrid.

Aristóteles, (2000): *Ética Nicomaquea, Ética Eudemia*, Ed. Gredos, Madrid.

Banks, S. (1997): *Ética y valores en Trabajo Social*, Paidós, Barcelona.

Bauman, Z. (2002): *La cultura como praxis*, Paidós, Barcelona.

Bauman, Z. (2003): *Trabajo consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona.

Beck, U. Giddens, A. y Lash, S. (2008): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza Editorial, Madrid.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003): *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005): *una invitación a una sociología reflexiva*, siglo veintiuno, editores, Buenos Aires.

Coletti, M; Linares, J. L. (1997), *La intervención sistémica en los servicios sociales ante la familia multiproblemática. La experiencia de Ciutat Vella*, Paidós Terapia Familiar, Barcelona.

Dahrendorf, R. (2005): *En busca de un nuevo orden. Una política de la libertad para el Siglo XXI*, Paidós, Barcelona.

Dubar, (2002): *La crisis de las identidades*, edición bellaterra, Barcelona.

Elías, N. (1990): *La sociedad de los individuos*. Ed. Península, Barcelona.

Emmet, D.: *El asistente social y la ética*. En Trabajo social y valores sociales. Euramérica, Madrid.

Etkin J. Scharstein, L. *Identidad de las organizaciones. Invariancia y cambio*. Paidós, 1ra. Edición 1989.

Ferrater Mora, J. Diccionario de filosofía, Círculo de Lectores, Madrid.

Foucault, M. (1985), *Un diálogo sobre el poder*, Alianza, Madrid.

Giddens, A. (1994): *modernidad e identidad del yo*, Ed. Península, Barcelona.

Girola, L. (2005): *Anomia e individualismo. Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*, Anthropos, Barcelona.

- Guisán, E. (1990): *Razón y Pasión en Ética*. Los Dilemas de la Ética Contemporánea. Ed. Anthropos, Barcelona.
- Howe, D. (1999): *Dando sentido a la práctica*, Ed. Maristain, Granada.
- Ion, J. (2005): *Le travail social en débats*, Ed. La Decouverte, Paris.
- Ituarte, A. (1990): "Trabajo Social y Servicios Sociales: Aportes para una clarificación necesaria", Documentación Social nº 79, Cáritas Española, Madrid.
- Korin, E. C. (1997): "Desigualdades sociales y relaciones terapéuticas: aplicación de las ideas de Freire a la práctica clínica", en Revista *Sistemas Familiares*, año 13 nº 1, Buenos Aires.
- López Aranguren, J. L. (1988): "Autopercepción individual de su proceso histórico", en *Anthropos, Barcelona*.
- Maffesoli, M.(1993): *El conocimiento ordinario*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Manger, C. (1969): *¿por qué los trabajadores sociales?* Euramérica, Madrid.
- Martín Estalayo, M I. (2008): "Razones para ser y hacer con los otros en nuestra sociedad posmoderna" en *Cuadernos de Trabajo Social*, nº 20, Universidad Complutense de Madrid.
- Minuchin, P.; Colapinto, J.; Minuchin,S.(2000): *Pobreza, institución, familia* Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Miranda, M. (2004): *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, Interaccionismo simbólico y Trabajo Social*, Ed. Mira, Zaragoza.
- Molleda, E. (1999): "La intervención social a partir de una demanda económica en Servicios Sociales Generales", en Cuadernos de trabajo Social nº 12, Escuela de Trabajo Social, Universidad Complutense, Madrid.
- Molleda, E. (2008): "¿Por qué decimos que no podemos hacer intervención social?" en *Cuadernos de Trabajo Social*, nº 20, Universidad Complutense de Madrid.
- Morin, E. (1995), *Sociología*, Ed. Tecnos, Madrid.
- Navarro, S. (2004): *Redes sociales y construcción comunitaria*, Ed. CCS, Madrid.

- Navarro, V. (2008): "El papel de las movilizaciones populares", en revista de Economía y Política.
- Nieto, A. (2007): *El desgobierno de lo público*, Ariel, Barcelona.
- Pelegrí, X. (1995): "Relación de los profesionales del Trabajo Social con su objeto de Trabajo", *Revista de Trabajo Social*, nº 137, Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social de Cataluña, Barcelona.
- Richmond, M. (1982): *Caso Social Individual*, Ed. Humanitas, Buenos Aires.
- Ritzer, G. (1995): *Teoría Sociológica Clásica*, Mc Graw Hill, Madrid.
- Rodríguez, A.: "Contextos de colaboración: entre el deseo y la realidad", en *Revista Trabajo Social hoy*. Vol. 31. Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social. 2001. Madrid.
- Rodríguez, A. (2008): "Más allá de la perspectiva crítica", en *Cuadernos de Trabajo Social*, nº 20, Universidad Complutense de Madrid.
- Salcedo, D. (1998): *Autonomía y bienestar. La ética del Trabajo Social*, Ed. Comares, Granada.
- Taylor, Ch. (1996), *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Paidós, Buenos Aires.
- Todorov, T. (1995), *La vida en común*, Taurus, Madrid.
- Sennett, R. (2003): *El respeto*, Anagrama, Barcelona.
- Vidal-Beneyto, J. (2009): *El País*, 10-4-09, Madrid.
- Zamanillo, T. (1992): "Cambio o intercambio, hacia una relación profesional no instrumental", en revista de treball social, nº 126, Barcelona.
- Zamanillo, T. (1992): "La intervención profesional", *Ponencia VII Congreso Estatal de Diplomados en Trabajo Social y AASS*, Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social y AASS de Cataluña, Barcelona.
- Zamanillo, T. Rodríguez, A. Nogués, L. (2005): "Análisis Diagnóstico de la Investigación-Acción con profesionales que realizan el acompañamiento social a beneficiarios de la RMI, inédito. Madrid
- Zamanillo, T. (2008): *Trabajo social con grupos y pedagogía ciudadana*, Ed. Síntesis, Madrid.

